



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PG 2225
292
36

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



I

La fragata misteriosa

Los curiosos de la pequeña ciudad de Puerto Luis al finalizar una hermosa tarde del mes de octubre de 17..., se hallaban reunidos en la lengua de tierra frente a la cual, en la opuesta margen del golfo, está situada Lorient. Lo que les cautivaba la atención y constituía el tema de sus conversaciones, era una gallarda y hermosa fragata de treinta y dos cañones, anclada hacía ocho días en un pequeño ancón de la rada en donde había sido vista una mañana como una flor del Océano abierta durante la noche. Aquella fragata, que al parecer realizaba su primer viaje, tenía un aspecto muy esbelto, había entrado en el golfo ostentando el pabellón francés y mostraba las flores de lis bordadas en oro que brillaban a los últimos rayos del sol poniente. Lo que especialmente parecía excitar la curiosidad de los aficionados a esta clase de espectáculos, tan frecuentes y a pesar de ello tan variados,

era la duda en que todos estaban acerca de la nación donde había sido construído aquel maravilloso buque que hacía resaltar sobre el luminoso occidente el gracioso cortorno de su casco y elegante aparejo. Unos lo juzgaban de factura norteamericana por la elevación y atrevidas líneas de su arboladura. Otros, engañados por el pabellón que la fragata izara, buscaban en su imaginación en qué puesto de Francia había sido botado al agua; pero muy pronto el amor patrio cedía á la evidencia, pues inútilmente buscaban en su popa la pesada galería sobrecargada de esculturas y adornos que constituía el aderezo obligado de todo buque nacido en los astilleros de Brest ó de Tolón; y otros, por fin, sostenían que las torres y los leones de España hubieran estado más en su lugar en la popa de la fragata que no las tres flores de lis de Francia; pero á éstos les replicaban preguntándoles si los esbeltos y graciosos costados de la fragata se parecían en algo al ventrudo casco de los galeones españoles. Existía también quien hubiera jurado que aquella hermosa nave había nacido entre las brumas de Holanda, si la altura y sutileza de sus berlingas no hubiesen, por su audaz construcción, desmentido tal opinión. Por lo demás, y como ya hemos dicho antes, á contar desde ocho días antes, ó sea desde que aquella graciosa visión apare-

ciera en las costas de la Bretaña, ningún indicio había podido fijar la opinión, indecisa todavía en el momento en que damos principio á esta historia, atento á que ni un solo hombre de la tripulación había desembarcado bajo pretexto alguno. En rigor, hasta podía dudarse de la existencia de tal tripulación, pues de no haber los curiosos visto al centinela y al oficial de guardia, podía haberse creído inhabitado el buque.

Entre la enorme multitud de curiosos que mataban el tiempo haciendo deducciones más ó menos acertadas, llamaba la atención un joven, quien, sin que se pudiese adivinar la causa, se interesaba directamente por la misteriosa fragata. Como en el rumbo del traje del joven habían todos conocido el uniforme de los mosqueteros, y estos salían muy raras veces de la capital, al principio había sido ésto, para la multitud, una distracción; pero muy en breve conocieron en el mosquetero al joven conde de Auray, último vástago de una de las más antiguas casas de la Bretaña. Dicha familia se componía del marqués de Auray, pobre anciano loco á quien hacía muchísimo tiempo nadie viera fuera de los límites de su señorío; de la marquesa de Auray, mujer á quien únicamente podían disculpar su orgullosa aristocracia la rigidez de sus costumbres y la antigüedad de su nobleza; de la joven Margarita,

doncella de diez y siete á diez y ocho años y pálida como la flor de que ostentaba el nombre, y del conde Manuel á quien acabamos de presentar y en torno del cual se apiñara la multitud, á la que es indudable que seduce siempre un apellido ilustre, un uniforme vistoso y modales noblemente insolentes.

A pesar de ello, por más que aquellos á quienes el joven se dirigía hubiesen deseado atender á las preguntas de éste, no podían responderle sino de una manera vaga é indecisa, pues respecto de la fragata no sabían más que lo que el cambio de sus propias impresiones pudo darles á conocer á ellos mismos. El conde Manuel estaba, pues, para retirarse, cuando vió acercarse al muelle un bote con seis remeros, que conducía directamente hacia los grupos dispersados por el arsenal á un nuevo personaje, que no podía por menos que llamar la atención en momentos en que la curiosidad estaba de tal modo excitada. El mencionado personaje, joven, al parecer, de veinte á veintidós años todo lo más, vestía el uniforme de alférez de navío de la marina real, iba sentado sobre una piel de oso y empuñaba el timón mientras el piloto, que merced al capricho de su jefe nada tenía que hacer, estaba sentado en la proa.

No bien los curiosos reunidos en el muelle vieron el bote, fijaron á porfía la

mirada en él, como si hubiese sido portador de la última esperanza que pudiese proporcionarles las tan deseadas noticias. En medio, pues, de una parte de la población de Puerto Luis, fué donde el bote vino á encallar á dos ó tres metros de la playa, por no permitirle avanzar más el escaso fondo que la misma ofrecía. Al punto dos remeros saltaron al agua, que les cubrió hasta las rodillas. Entonces el joven alférez de navío se levantó indolentemente, pasó á proa y se dejó llevar en brazos hasta la playa, para que ni una gota manchara su elegante uniforme. Ya en tierra, el alférez ordenó al piloto que doblara la lengua de tierra, que todavía avanzaba unos cuatrocientos pasos en el mar y le aguardase en el otro lado de la batería. En cuanto á él, se detuvo un instante en la orilla para reparar el desorden que en su traje introdujera el singular medio de transporte que se viera obligado á adoptar para llegar á ella, y echó á andar, entonando una canción francesa, hacia la puerta del fortín, por la cual entró después de haber devuelto el saludo militar que el centinela le hiciera.

A pesar de que en un puerto de mar es lo más natural del mundo ver á un oficial de marina atravesar una rada y entrar en un fortín, la curiosidad estaba de tal modo excitada que entre la multitud, repartida por el muelle de Puerto

Luis, no hubo un hombre siquiera que no imaginase que la visita que recibía el comandante del fuerte no estuviera relacionada con el buque desconocido y no la hiciese objeto de toda clase de deducciones. Así es que cuando el joven marino se vió de nuevo en la puerta del fortín, por un instante sintió impulsos de abrirse paso con el junquillo que llevaba en la mano; pero después de haberlo hecho silbar dos ó tres veces, cambió prontamente de resolución, y, reparando en Manuel, cuyo porte distinguido, así como su gracioso uniforme, contrastaba con el aspecto y el traje vulgar de los que le rodeaban, se acercó á él en un instante en que, á su vez el conde le imitaba. Los dos oficiales no hicieron sino cruzar una mirada rápida, pero bastante para que por señales infalibles conociesen mutuamente que eran de calidad y de linaje.

—Vive Dios, mi querido compatriota —dijo el alférez—pues imagino que, como yo, es usted francés aunque le encuentro en tierra septentrional y en regiones sino salvajes, á lo menos algo bárbaras, ¿podría usted decirme qué hay en mí de extraordinario para que de tal modo alborote á estas gentes? ¿ó es que un oficial de marina es un ente tan raro en Lorient, que su sola presencia despierta tan sólo la curiosidad de los hijos de la Baja Bretaña? Sí así lo hace, con-

fieso que me prestará un favor al que corresponderé gustoso si se me presenta ocasión para ello.

—Me será tanto más fácil complacerle, —contestó el conde Manuel—cuanto esta curiosidad nada tiene de ofensiva para usted ni para el uniforme que ostenta; y en prueba de lo que digo, mi querido compañero, pues en sus charretas veo que poco más ó menos ocupamos el mismo grado en el ejército de S. M., sepa que también yo participo de la curiosidad general que tanto le intriga, por más que me asistan fundamentos probablemente más positivos que á ellos para desear la solución del problema que están buscando.

—Pues bien—repuso el marino—si puedo ayudar á usted en sus investigaciones pongo á su disposición mis conocimientos algebraicos; pero aquí estamos mal para hacer demostraciones matemáticas. ¿Le parece á usted bien que nos separemos de esas buenas gentes, que no pueden servir sino para desbaratar nuestros cálculos?

—Perfectamente —contestó el mosquetero;—tanto más, cuanto, si no me equivoco, dirigiéndonos hacia allá le acerco á usted á su boté y á sus marineros.

—Esto es lo de menos; si no le conviene á usted seguir este camino, tomaremos otro. Por fortuna me sobra el

tiempo, y mis muchachos tienen todavía menos prisa que yo. Por lo tanto, si á usted le place, viremos de bordo.

—No, sigamos adelante; cuanto más cerca nos encontremos de la orilla, con más libertad trataremos del asunto de que quiero hablarle. Avancemos, pues, por esta lengua de tierra, mientras hallemos donde afirmar los pies. ¿Le parece?

El marino continuó avanzando como quien le es del todo indiferente la dirección, y ambos jóvenes se encaminaron asidos del brazo, como dos amigos de colegio, á la punta del cabo que se prolonga dos ó trescientos pasos en el mar. Una vez llegados á su extremidad, el conde Manuel se detuvo, y tendiendo la mano hacia la fragata preguntó á su compañero si sabía cuál era aquel hermoso buque.

Después de dirigir una rápida y escrutadora mirada al mosquetero, y posándola luego en la nave, el joven marino contestó con negligencia:

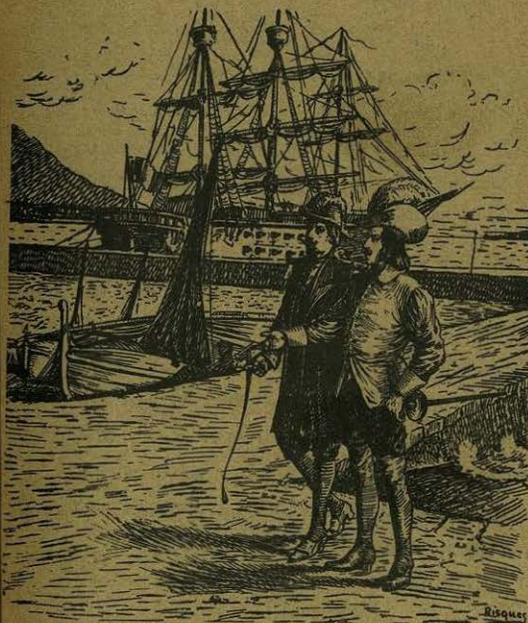
—Ya lo ve usted, una hermosa fragata de treinta y dos cañones, con todo su velamen envergado, á fin de estar en disposición de hacerse á la mar á la primera señal.

—Usted perdone—repuso Manuel sonriendo—no es eso lo que le pregunto. Poco me importa cuántos cañones mon-

ta ó qué ancla arrastra: ¿no lo dicen ustedes así?

El marino sonrió á su vez.

—Lo que yo deseo saber—prosiguió diciendo Manuel—es la nación á que per-



—No, sigamos adelante; cuanto más cerca nos encontremos de la orilla, con más libertad trataremos del asunto de que quiero hablarle.

tenece, para qué punto está de leva y el nombre de su capitán.

—En cuanto á la nación—respondió el marino,—ella misma se ha cuidado de decirnoslo. ¿No ve usted el pabellón que ondea en el cangrejo? es el pabellón sin mancha, aunque un poco ajado á causa

de su excesivo servicio. Por lo que se refiere á su destino, como le ha dicho á usted mismo el gobernador de la plaza al preguntárselo usted, es Méjico.

Manuel miró con asombro al joven alférez de navío.

—Por lo que atañe á su capitán—prosiguió el marino,—hay quien juraría que es un joven de mi edad, ó de la de usted, por más que la profesión que ejercemos pueda poner un largo intervalo entre nuestras tumbas. Otros pretenden que es de la edad de mi tío, el conde de Estaing; el cual, como indudablemente usted no ignora, ayuda con todas sus fuerzas á los rebeldes de América, como en Francia se les llama todavía. Y, por último, en cuanto á su nombre, ya es distinto: es fama que ni él mismo lo sabe, y mientras espera se lo de á conocer un afortunado suceso, se llama Pablo.

—¿Pablo?

—Sí, el capitán Pablo.

—¿Pablo de qué?

—Pablo de la *Providencia*, del *Ranger*, de la *Alianza*, según el buque que está su mando. ¿No hay por ventura en Francia algunos jóvenes que hallando su apellido excesivamente breve lo alargan con el nombre de una tierra, y lo rematan todo con un cascó de caballero ó un tortil de barón, dando gusto ver las trazas de casa antigua que asumen su porte y su carroza? Pues lo mismo le pasa á

Pablo. Por de pronto se llama, si no me equivoco, Pablo de la *India*; y está orgulloso de este nombre, vaya si lo está; á juzgar por mis simpatías de marino, no trocaría su fragata por la más hermosa tierra que se extiende desde el puerto de Brest hasta las bocas del Ródano.

—Pero, en resumidas cuentas, ¿cuál es el carácter de ese hombre?—repuso Manuel, después de haber reflexionado por un instante sobre el singular compuesto de ironía y candor que sucesivamente se traslucía en las respuestas del marino.

—¿Su carácter? Pero mi querido... ¿barón... conde... marqués?

—Conde—respondió Manuel inclinandose.

—Pues como le decía á usted, mi querido conde, me lleva usted de abstracción en abstracción, siendo así que al poner yo á su disposición mis conocimientos algebráicos no era para que fuésemos en busca de lo desconocido. ¿Cuál es su carácter, me pregunta usted? Dios me valga, mi querido conde, ¿quién puede hablar del carácter de un hombre, excepto él mismo?... Mire usted, yo, aquí donde usted me ve, hace veinte años que ya con la quilla de una corbeta, ya con la de una fragata, surco el mar que se extiende ante nosotros. Mis ojos han visto el Océano casi

mismo tiempo que el cielo, y desde que mi lengua pudo silabear dos palabras y mi inteligencia coordinar dos ideas, he interrogado y estudiado el líquido elemento, y, sin embargo, todavía no conozco su carácter: sólo sé que lo agitan cuatro vientos principales y treinta y dos aires. ¿Cómo quiere usted, pues, que juzgue yo al hombre, turbado como está por sus innumerables pasiones?

—Es que yo no le exijo á usted, mi querido señor... ¿duque... marqués... conde?

—Alférez de navío—respondió el joven marino, inclinándose como lo hiciera el de Auray.

—Le decía á usted pues, mi querido señor alférez, que no le exijo que me dé un curso de filosofía sobre las pasiones del capitán Pablo; sólo deseo me informe de dos cosas, y la primera es si cree usted que es hombre de honor.

—Antes de tener el gusto de contestar á su pregunta, será preciso que nos pongamos de acuerdo sobre el significado de las palabras, querido conde. ¿Qué entiende usted, con exactitud, por *honor*? Porque así, sin aclaración previa, resulta muy vaga la palabra y algo difícil la contestación.

—Permítame usted que le diga, mi querido alférez—repuso el conde—que hallo muy singular la pregunta que me

dirige. El honor... es el honor; no atino en otra respuesta más satisfactoria.

—Ahí está precisamente el quid—profririó el marino:—un vocablo sin definición, como la palabra Dios. También Dios es Dios, y cada cual se forja un Dios á su gusto: los egipcios lo adoraban bajo la forma de un escarabajo, y y los israelitas bajo la de un becerro de oro. Tal sucede con el honor. Coriolano, el Cid y el conde Julián lo entendían cada cual á su manera. Puntualice usted más su pregunta, si desea que yo pueda contestarle:

—Quería decir si puede uno fiar en su palabra.

—En cuanto á esto, no creo que haya faltado nunca á ella; sus enemigos, y es imposible que el hombre llegue al sitio que él ocupa sin tenerlos, nunca han puesto en tela de juicio el que no fuese esclavo de su palabra hasta la muerte. Por consiguiente, ya tenemos aclarado este extremo; respecto del particular, le garantizo á usted que el capitán Pablo es hombre de honor. Venga ahora la segunda pregunta, pues si no me engaño, desea usted saber todavía algo más. ¿No es eso?

—Es cierto; desearía saber si obedecería fielmente una orden de S. M., que Dios guarde.

—¿De qué majestad?

—En verdad, mi querido alférez, fin-

ge usted tener tan malas entenderas que le sentaría á usted mucho mejor el ropón de sofista que el uniforme de marino.

—¿Por qué?, me tilda usted de ergotista porque antes de contestar quiero saber á qué contesto. En la actualidad hay ocho ó diez majestades bien ó mal sentadas en los diferentes tronos de Europa: tenemos á S. M. Católica, majestad caduca, que se deja arrancar la herencia que le legó Carlos V; S. M. Británica, majestad testaruda, que se aferra á su América como Cinejires al bajel de los persas, y á quien cortaremos ambas manos si no la suelta; S. M. Cristianísima, á quien venero y honro...

—De ésta precisamente quiero hablar—interrumpió Manuel.—¿Usted cree que el capitán Pablo se negará á obedecer una orden que yo le llevase de parte de S. M. el Rey Luis XVI?

—El capitán Pablo,—respondió el alférez,—obedecerá como debe hacerlo todo capitán, las ordenes emanadas del poder que tiene derecho á imponérselas.

—No quería saber más,—repuso el joven mosquetero, impaciente ya por las singulares respuestas de su interlocutor.—Ahora sólo me resta recabar una nueva fineza de V.

—Estoy dispuesto á complacerle como en lo demás, señor conde,—dijo el alférez.—¿Qué más se le ofrece?

—¿Le sería á V. posible indicarme de qué modo puedo ir á bordo de esa fragata?

—Con este bote si gusta—respondió el marino tendiendo la diestra hacia su bote.

—Pero ¿acaso no es de V. ese bote?

—Sí, señor; esto quiere decir que puedo conducirle yo mismo.

—Así, pues, usted tiene alguna relación con el capitán Pablo?

—Ni la más pequeña; pero siendo, como soy, sobrino del almirante, natural es que conozca á todos los jefes de buque, desde el contramaestre que dirige el bote que va en busca de una aguada, hasta el vicealmirante que manda la escuadra que va á entrar en fuego. Además los marinos nos entendemos por ciertos signos misteriosos por medio de cierto lenguaje masónico, mediante el cual nos tenemos por hermanos, sea el que fuere el punto del mar donde nos encontremos. Así, pues, no tenga reparo alguno en aceptar mi ofrecimiento. Yo, mis remeros y mi bote estamos á sus ordenes, señor conde.

—Pues bien, présteme usted este último favor y...

—Y olvidará usted el fastidio que mis divagaciones le han causado ¿no es eso?—interrumpió el alférez sonriendo.

—¿Qué quiere usted, mi querido conde—continuó el marino, haciendo con la

mano una señal que los remeros comprendieron al punto—la soledad del Océano nos ha dado á nosotros, hijos del mar, la costumbre del monólogo. En los periodos de calma invocamos al viento; cuando se desencadena el huracán invocamos la calma, y por la noche hablamos con el Omnipotente.

Pocos minutos después ambos jóvenes avanzaban hacia la misteriosa nave.

II

El capitán Pablo

A medida que el bote iba avanzando, las esbeltas formas de la nave se desarrollaban en toda la admirable perfección de sus detalles, y, aunque por falta de costumbre ó de vocación el conde fuese poco sensible á la belleza revestida de tales formas, no podía por menos que admirar la elegancia del casco, la sutileza y robustez de la arboladura y la tenuidad de las jarcias que, sobre el cielo iluminado todavía por la luz del sol poniente, parecían hilos flexibles y sedosos tendidos y trenzados por alguna araña gigantesca.

—¿Qué tal le parece esta obra maestra—preguntó el alférez á su compañero señalándole una bellísima figura india esculpida en la proa de la gallarda

embarcación, disimulando bajo un gesto de buen humor el interés que la respuesta le inspiraba.

—Que comparándola con las obras del mismo género que he visto, en verdad que merece el calificativo que usted acaba de darle.

—Sí,—repuso con indolencia el joven marino;—es la última escultura de Guillermo Coustou, á quien sorprendió la muerte antes de terminarla; dió cima á la obra su discípulo, un tal Dupré, hombre de mérito, que perece de hambre y se ve obligado á tallar madera en vez de esculpir mármol, y á escuadrar popas de buque cuando debería labrar estatuas. Mire usted—continuó el alférez de navío, gobernando el timón de modo que en vez de conducir el bote directamente á la fragata lo hacía desviar en derechura á una de sus extremidades,—mire usted, lo que lleva al cuello es un verdadero collar de coral, como legítimas son las perlas que ostenta en las orejas. Ahora fijese usted en los ojos; cada pupila es un diamante que vale cien guineas con la efigie del rey Guillermo. Ya ve usted, el capitán que se apodere de esta fragata, además de la gloria de haberla conquistado, obtendrá un soberbio botín.

—Vaya un capricho,—dijo Manuel, dominado á su vez por la singularidad de lo que estaba viendo;—porque capri-

cho es adornar un buque como si fuese un ser querido, y exponer de esta suerte una considerable cantidad de dinero á las contingencias de un combate ó al riesgo de una tormenta.

—¿Qué quiere usted?—repuso el joven alférez de navío con acento de indelible melancolía;—como nosotros no tenemos más familia que nuestros marineros, más patria que la inmensidad del mar, más espectáculo que las tempestades, ni otra distracción que el combate, es menester que nos aficionemos á algo. ¡Ah! parece que á bordo se despiertan.

—¡Ah del bote!—gritaron desde el buque—¿qué se ofrece?

—Subir á bordo—respondió Manuel;—venga un cabo, una amarra, lo que quieran, con el fin de que podamos agarrarnos á algo.

—Tomen ustedes por la banda de estribor y allí encontrarán la escalera.

Los remeros obedecieron al punto, y segundos después ambos jóvenes se encontraban, efectivamente, al pie de la abertura que conducía á cubierta, donde el oficial de guardia les recibió con una solicitud que pareció de buen agüero á Manuel de Auray.

—Caballero—dijo el alférez de navío al joven que les recibiera, y que por el uniforme parecía desempeñar idéntico

cargo que él—tengo el gusto de presentar á usted á mi amigo el conde...

E interrumpiéndose, el alférez de navío se volvió hacia Manuel y le preguntó:

—¿Conde de qué? se me ha olvidado el preguntárselo á usted, amigo mío.

—De Auray.

—Le decía á usted, pues,—continuó el joven marino dirigiéndose nuevamente á su compañero—que tenía el gusto de presentar á usted á mi amigo el conde Manuel de Auray, quien desea vivamente hablar con el capitán Pablo. ¿Está á bordo?

—Acaba de llegar ahora mismo—contestó el oficial de guardia.

—Pues me bajo á su camarote para notificarle la visita de usted, mi querido conde—dijo el alférez.—Interin, el señor Walter, aquí presente, tendrá el gusto de enseñarle á usted el interior de la fragata. Para un oficial de tierra es un espectáculo muy curioso, tanto más cuanto dudo que pudiese usted hallar muchos buques tan bien organizados como éste. ¿No es la hora de cenar?

—Sí, señor,—respondió Walter, á quien iba dirigida la pregunta.

—Pues este será un nuevo aliciente.

—Es que estoy de guardia,—profririó el oficial, titubeando.

—¡Bah!—repuso el alférez de navío, —ya encontrará usted entre sus compa-

ñeros quien le supla á usted por algunos minutos.

Y, volviéndose al conde, añadió amistosamente:

—Procuraré que el capitán no le haga esperar mucho en la antecámara. Hasta la vista, señor conde; voy á recomendarle á usted todo lo eficazmente posible para que tenga una buena acogida.

El alférez de navío desapareció por la escalera del comandante, mientras el oficial que se había quedado con el conde para servirle de *cicerone* acompañaba á éste á la batería.

Como presumiera el compañero de camino de Manuel, la tripulación estaba cenando.

Si bien ninguno de los marineros abría la boca más que para comer, Manuel observó con admiración la variedad de su origen, visible en los tipos generales y característicos de cada fisonomía. Walter, al fijarse en la sorpresa de su acompañado, respondió al pensamiento de éste antes de que se lo hubiese dado á conocer, diciendo con acento americano en que ya reparara el conde, y que demostraba que había nacido allende el Atlántico:

—Sí, señor, aquí tenemos una preciosa muestra de todos los pueblos de la tierra, y si de repente un nuevo diluvio acabase con los hijos de Noé, como

sucedió en remotos tiempos con los hijos de Adán, en nuestra arca hallarían la semilla de cada nación. ¿Ve usted aquellos tres compañeros que truecan con sus vecinos un trozo de carne asada por un diente de ajo? son hijos de Galicia, á quienes recogimos en el cabo Ortegal; no se batirían sin haber invocado á Santiago; pero una vez hechas sus oraciones, se dejarían hacer papilla como mártires antes que retroceder un paso. Los otros dos que pulen su mesa con las mangas, son arrojados holandeses que todavía no han podido conformarse con los perjuicios que irrogó á su comercio el descubrimiento del cabo de Buena Esperanza. Ya lo ve usted, á la primera mirada parecen jarros de cerveza; pero en cuanto oyen el toque de zafarrancho, se mueven como vascos. Aquella otra mesa la ocupa el jefe elegido por ellos mismos, parisiense por su cuna, cosmopolita por inclinación, maestro en la esgrima del palo y del arma blanca, como también de baile. Vuelva usted ahora los ojos hacia ese lado y repare en esa larga fila de cabezas huesosas y cuadradas: para usted serán tipos extranjeros, más todo americano nacido entre el mar de Hudson y el golfo de Méjico verá en ellos osos del lago Erié ó focas de Nueva Escocia. Tres ó cuatro de ellos son tuertos, lo cual es debido al modo de luchar que tienen entre sí: con el índice

y el medio arrollan los cabellos de su adversario y le hacen saltar uno de los ojos con el pulgar. En este ejercicio hay tres tan sumamente diestros, que nunca yerran la operación. Cuando llega la hora del abordaje, casi siempre arrojan su pica y su machete, y agarrándose del primer inglés con quien se encuentran, lo desojan con una prontitud y destreza admirables. Confiese usted que no me he excedido al decirle lo que al principio le he dicho, y que la colección es completa.

—Pero, ¿cómo se las compone el capitán para hacerse entender de todos esos hombres procedentes de tan diversos puntos?—preguntó Manuel que había escuchado con interés la larga enumeración de Walter.

—En primer lugar, el capitán habla todas las lenguas; además, en el combate ó en medio del temporal, sin embargo de que entonces usa de la suya materna, imprime tal inflexión á su voz que todos le comprenden y obedecen. Pero, mire usted, acaban de abrir la puerta de la cámara de babor: es probable que el capitán esté ya dispuesto á recibirle.

Efectivamente, un niño vestido con el uniforme de aspirante se encaminó al encuentro de los dos oficiales, preguntó á Manuel si era él el conde de Auray, y al responderle éste afirmativamente le invitó á que le siguiese.

El capitán Pablo era, al parecer,

hombre de cincuenta á cincuenta y cinco años, y andaba encorvado más por la costumbre de vivir en el entrepunte que no por el peso de los años. Vestía el uniforme de la marina real, esto es, casaca azul con solapas escarlata, chupa encarnada, calzón del mismo color, medias cenicientas y chorrera y puños de encaje.

En el instante en que Manuel puso los pies en el umbral de la cámara, el capitán Pablo, que estaba sentado en una cureña, se levantó con ademán solemne.

Al aspecto de aquel hombre, el de Auray quedó como intimidado; y es que los ojos del marino emanaban como un rayo investigador que parecía iluminar hasta el alma de aquel en quien los fijaba. Tal vez contribuía á aumentar la impresión de Manuel el que éste se presentaba con una conciencia que le reprochaba el acto singular á que daba cumplimiento y del que iba á hacer al capitán, si no cómplice, á lo menos ejecutor. El capitán Pablo y el conde, cual si hubiesen sentido una mútua é íntima repulsión, se saludaron muy cortésmente, pero con circunspección grandísima.

—¿Es al señor conde de Auray á quien tengo la honra de dirigirme?—preguntó el veterano

—¿Y yo al capitán Pablo?—respondió el joven mosquetero.

Ambos interlocutores hicieron una segunda reverencia.

—¿Puedo saber á qué favorable coyuntura debo la honra de la visita que en este instante me está haciendo el heredero de uno de los más antiguos y más encumbrados apellidos de la Bretaña?

Manuel hizo otra reverencia á modo de gracias, y luego, tras una ligera pausa, como si le costase entablar conversación, repuso:

—Hanme dicho, señor capitán, que salía usted para el golfo de Méjico.

—No le han engañado á usted, caballero; he resuelto darme á la vela para Nueva Orleans, haciendo escala en Cayena y en la Habana.

—De perlas, capitán,—repuso Manuel;—no tendrá que desviarse de su derrota, admitiendo, sin embargo, que se encargue usted de ejecutar la orden de que soy portador.

—¡Ah! ¿tiene usted que comunicarme una orden? ¿y de parte de quién?

—De la del ministro de Marina.

—¿Dirigida personalmente á mí?—preguntó el capitán con acento de duda.

—No, señor, sino á todo capitán de la marina real que se dé á la vela para la América del Sur.

—Y ¿de qué se trata, señor conde?

—De un prisionero de Estado á quien hay que deportar á Cayena.

—Y ¿trae usted consigo la orden esa?

—Aquí está,—respondió Manuel sacándola de su bolsillo y entregándola al capitán de la fragata.

Éste la tomó, y acercándose á la ventana para aprovechar la postrera luz del día, leyó en alta voz lo siguiente:

El ministro de Marina y de las colonias ordena á todo capitán ó teniente que tenga á su mando buques del Estado y se dé á la vela para la América del Sur ó el golfo de Méjico, que tome á bordo y desembarque en Cayena al individuo llamado Lusignán, condenado á deportación perpétua. Durante la travesía el reo comerá en su camarote y no se comunicará con los tripulantes.

—¿Está en forma la orden?—preguntó el conde.

—En toda regla, caballero,—respondió el veterano.

—Y ¿está usted dispuesto á cumplirla?

—¿No estoy, por ventura, á las órdenes del ministro de Marina?

—Entonces ¿pueden traer á bordo al prisionero?

—Cuando quieran; lo único que encargo es que se den prisa, pues no cuento permanecer mucho tiempo en estos parajes.

—Haré porque se apresuren.

—¿Tiene usted algo más que decirme?

—Nada más, señor capitán, sino darle las gracias.

—No hay de qué, caballero; el ministro ordena y yo obedezco, nada más; cumplo un deber, no presto un favor, ni mucho menos.

El capitán y el conde se saludaron de nuevo, separándose más fríamente de lo que se habían acercado.

Una vez en cubierta, Manuel preguntó por su compañero al joven oficial de guardia; se le contestó que el capitán Pablo lo había invitado á cenar con él; pero que, siempre galante y cortés, ponía su bote á la disposición del conde.

En efecto, la embarcación estaba al pie de la escalera de la fragata, y los marineros aguardaban, con los remos levantados, á aquel á quien debían conducir otra vez á tierra.

No bien Manuel hubo puesto los pies en el bote, éste se alejó con igual rapidez que viniera; pero ahora bogando tristemente y en silencio, pues el joven marino no estaba presente para animar la conversación con los axiomas de su poética filosofía.

Aquella misma noche condujeron al prisionero á la *India*, y al amanecer del día siguiente los curiosos buscaron en vano en el Océano la fragata que, desde ocho días, diera lugar á tantas conjeturas, y cuyo inesperado arribo, estancia sin resultado y partida espontánea fue-

ron siempre, para los habitantes de Puerto Luís, un misterio inexplicable.

III

El combate

La *India* que era el buque misterioso, que mandaba el no menos misterioso capitán, navegaba gallardamente viento en popa. Los marineros descansaban confiados en el buen aspecto de la atmósfera, y, á excepción de algunos de ellos ocupados en la maniobra, el resto de la tripulación, dispersado por las diferentes partes del buque, empleaba el tiempo á su antojo, cuando se oyó una voz, al parecer bajada del cielo, que decía:

—¡Eh! ¡los de abajo! ¡eh!

—¿Qué hay?—preguntó desde proa el contramaestre.

—¡Una vela!—respondió el marinero colocado de vigía.

—¡Una vela!—repitió el contramaestre—Señor oficial de cuarto, mande usted avisar al capitán. ¿Oye?

—¡Una vela! ¡una vela!—repitieron todos los marineros, por más que la poco experta mirada de un pasajero ó de un soldado de tierra lo hubiera de fijo tomado por alas de una gaviota tendida sobre el Océano.